

§ V.

DONACION DE CARLOMAGNO.

Que un pobre diablo como yo, víctima de la mala fé de un bribon, espere corregir lo que hay de defectuoso en una donacion, cuyos términos ambiguos pueden dar lugar á las falsas interpretaciones; y legalizar *secundariamente* los resultados de un acto, legítimo en sí mismo, pero mas ó ménos bien definido por las cláusulas del primer contrato, exigiendo al cabo de cierto tiempo la renovacion íntegra de la donacion, á fin de sobreponer por la autoridad de una fecha reciente, nuevos términos á las declaraciones menos positivas de una convencion que por el mismo

hecho no habia sido mas que un lazo tendido á su buena fé; esto se concibe perfectamente, y con tal que se presente con fidelidad el original de la primera donacion, á fin de que pueda servir de título justificativo de la segunda, nada veo en esto que no sea natural, nada que no sea conforme á las condiciones indispensables para la validez de todo contrato.

Pero despues de los términos demasiado esplicitos de los dos primeros documentos, y aun admitiendo que no sean supuestos, pasar de un golpe á una nueva donacion, sin justificar ni la necesidad ni el objeto de esta tercera repeticion de un mismo hecho, es un lujo de escritura que bastaria por sí solo, ante un tribunal medianamente regularizado, para tener la conciencia de los jueces alerta contra la mala fé de los litigantes; y esta prevencion desfavorable se cambiaria inmediatamente en conviccion, al ver que lejos de poder presentar los originales de los innumerables documentos en que apoyan sus pretensiones, los interesados no pueden ofrecer otra garantía que una palabra, muy respetable sin duda cuando se trata del dogma, pero que por desgracia en el caso no tendria ningun valor

Por mas que digan los celosos pero interesados defensores en la cuestion para que se les crea sobre su palabra, no encuentro á mi pesar en esta controversia ninguna distincion que hacer y que permita á la sutileza escaparse á la persecucion de la lógica, por el camino franco de una verdad relativa. Los títu-

los de que nos ocupamos deben ser ó enteramente verdaderos ó completamente falsos. Si son *verdaderos*, que se diga, que se impriman y sobre todo que se prueben, aunque no sea mas que para tranquilizar ciertas conciencias timoratas, y los adoradores de un hecho consumado podrán olvidar libremente en seguir la los muchos escándalos del principio; no quedándoles ya mas para cabilar que la necesidad, puramente humana del poder temporal. Si son *falsos*, que se nos diga igualmente, que se tenga siquiera una vez el valor de confesarlo, aunque no sea sino por espíritu de penitencia; y teniendo siempre en cuenta cristianamente las intenciones, verteremos una lágrima de pesar sobre las condiciones que obligaron á un número tan grande de personas á manchar el pasado de la Iglesia con un crimen, por el que tantos padres de familia antes honrados, han sido condenados mas tarde por los tribunales de diversos países á terminar sus dias con el remo en las galeras.

Advertid, Illmos. Sres., que al hablar de esta manera, estoy muy lejos de intentar fundar una acusacion contra la santa sede. Los hechos tienen por sí mismos una autoridad concluyente, y ciertamente que no se necesitan largos discursos para explicar por qué un robo es un robo. No discuto pues, refiero; y solo por llegar con mas seguridad á la investigacion de la verdad, buscaré nuevas fuerzas para decir todas las razones en que se fundan los eternos contradictores del poder temporal de los papas, para

no admitir igualmente la donacion de Carlomagno y para formar un todo apócrifo con los otros documentos de que he tenido el honor de hablaros mas arriba.

Parece que á fines del siglo VIII los papas eran ya muy poderosos en la Iglesia y muy grandes señores en Roma, pero que no tenian en esta ciudad mas que una autoridad precaria y siempre vacilante. El prefecto, el pueblo y el senado, cuya sombra existia aún, se ligaron muchas veces contra aquellos y las enemistades de los que pretendian tener derecho al pontificado, como á una herencia de familia, llenaron la ciudad eterna de alborotos y de confusion.

En una de estas circunstancias, dos sobrinos del papa Adriano I, conspiraron contra su sucesor Leon III y lo acusaron de crímenes enormes. Ignoro lo que habria de cierto en esta acusacion, pero en lo que no cabe duda, es en que el papa juzgó prudente evadirse, y una vez libre, se dirigió á Carlomagno para implorar su proteccion, como Estévan su predecesor habia implorado la de Pepino. Cárlos no quiso dejar ir la ocasion: recibió al pontífice con bondad, le prometió su justificacion y lo volvió á enviar á Italia con una escolta y unos comisionados encargados de juzgarlo aparentemente, pero que llevaban orden secreta de declararlo inocente. Todo se hizo conforme al plan concertado. El papa compareció por mera forma ante los jueces y estos lo absolvieron con aplauso de los mismos romanos que poco antes se ha-

* bian insurreccionado contra él. Despues de representada esta farsa, Cárlos se dirigió á Roma para recoger su parte de utilidades y entonces fué saludado por el papa Leon III emperador de Occidente, ciñéndole él mismo la corona durante la misa de Navidad del año de 800 de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo.

Aquí, señores, los críticos y con ellos los analistas de entonces, pretenden con razon ó sin ella, que la escena final de esta pieza de grande aparato habia sido preparada de antemano entre el gran Karl y los principales factores de Roma, y que el obispo Leon no tuvo mas parte que presidir la ceremonia y recibir en realidad considerables presentes.

El imperio no era mas que una palabra vana, y esta palabra, por otra parte, no pertenecia á nadie. ¿Qué provincia del imperio hubiera podido dar el papa juntamente con el título? ¿La España? Estaba ocupada por los árabes. ¿Las Galias y la Alemania? Pepino, padre de este mismo Carlomagno, las habia usurpado á su dueño. ¿La Italia citerior? Cárlos la habia robado al desgraciado Didier su suegro; en cuanto al resto pertenecia aún al emperador de Oriente. No quedaba, pues, mas que la corona; pero este sin * el poder efectivo, solo es una ilusion; y despues que habia caido de la cabeza de Augústulo, pertenecia de derecho al que tuviese el valor de levantarla.

Carlomagno, á pesar de todo su poder, no se atrevió á salvar por sí mismo el intervalo que lo separa-

ba de un título que los soberanos de la Roma pagana habian hecho tan respetable á los bárbaros. Preferió como su padre, inclinarse ante el poder sacerdotal de un obispo extranjero, y si recordais, señores, que este donante de la corona acababa de aparecer como acusado ante los comisarios del nuevo emperador, debeis convenir en que en estos tiempos de ignorancia, el sucesor mas ó menos legítimo de San Pedro, pasaba ya á los ojos de los ambiciosos, por tener mas derecho que ningun otro de sus colegas de legitimar las usurpaciones.

Todavia entre estos dos hechos, la investidura de los obispos por los Césares, conforme á la ley de Odoacro, y la coronacion de un César por un obispo, se conoce instintamente que hay todo el intervalo necesario para el establecimiento de un hecho nuevo. Este hecho jamas fué proclamado por Leon á la faz de Carlomagno, ni tampoco se hubiera atrevido á intentarlo; pero á la muerte de este príncipe y de Leon, el nuevo obispo Pascual tomó posesion de su silla, sin esperar la confirmacion del emperador y muy pronto otro obispo llamado Nicolás, poniendo la primera corona sobre los emblemas pontificales, mereció por su conducta soberbia hácia los sucesores del gran Karl que un historiador hiciera de él este extraño panegírico. “Despues del glorioso Gregorio el Grande, no ha habido otro papa como Nicolás, que mandó á los reyes y á los tiranos y usó de tanta autoridad, que se le hubiere creido Señor del mundo.”

No es de mi propósito referir aquí por qué sucesion de avances, tan contrarios á la letra como al espíritu del Evangelio, el poder temporal pasó en un tiempo de manos de los emperadores á las de los obispos de Roma. Esta narracion nos conduciria muy lejos, y creo que basta estudiar esta revolucion en su origen, para comprender bien los motivos en que fundan los eternos enemigos de la santa sede, sus acusaciones contra un poder, que no pueden menos de mirar como una negacion de la doctrina del crucificado. Estas acusaciones son siempre las mismas; se concretan en una sola palabra, *fraude*; pero esta palabra huele mal á la policia correccional, y si mas tarde los soberanos pontífices, para justificar haber apelado al terror, han llegado hasta dar tormento al testo sagrado del libro santo, no fué [agregan] sino en segundo lugar y cuando se les demostró con el hecho, que el poder imperial cuya usurpacion habia tenido tiempo de consolidarse, no doblaria jamas la cabeza ante la audacia de los *fraudes piadosos*.

En esto, podemos confesarlo, no se equivocan mucho nuestros enemigos. No por ser obispo ni aun papa se deja de ser hombre, y si en esta lucha de la ambicion sacerdotal y la ambicion imperial ha succumbido aquella, es porque realmente es la mas débil y porque para incrustarla en esta época de fuerza brutal, no habia otro recurso que el estrépito de supuestas donaciones, cuya impostura se renovaba á cada oportunidad.

Ya he dicho como Leon III pasando repentinamente del banco de los acusados á los honores de un triunfo, que seria incomprensible sin la escena trágicómica tambien referida, se apresuró á gratificar á su salvador con el regalo del imperio romano, renovado por las necesidades de las circunstancias. Este fué un hermoso dia para todo el mundo. Por una parte el papa se mostró generoso sin que le costase un solo óbolo á la santa sede: por otra el emperador *sorprendido*, como dice el buen abate Vallé, se prestó benévolamente á la dulce violencia que se le hacia; y como es un principio reconocido, que los regalitos ordinariamente fomentan la amistad, se cuidó de deducir mas tarde las consecuencias de esta munificencia inesperada de la Iglesia, aprovechándose de la ocasion para renovar siempre fraudulentamente, y despues de la muerte del emperador, los títulos de las famosas donaciones de Constantino y de Pepino, que se creia que ya habian caducado.

Con este objeto se supuso que Cárlos, antes de ser emperador, habia confirmado solemnemente la donacion del exarcado de Ravena, á la que habia agregado de suyo la Córcega, la Cerdeña, la Liguria, Parma, Mantua, los ducados de Spoleto y de Benevento, la Sicilia y Venecia, y que para mas honor, el acto de esta nueva donacion se habia estendido en las tumbas donde se dice reposan los restos de los apóstoles San Pedro y San Pablo.

Si este hecho fuera verdadero [y aquí entre noso-

tros, Illmos. Sres., os confesaré francamente que tampoco lo creo] la farsa de la ceremonia de la coronacion, ó como querais llamarla, no seria mas que una buena y hermosa venta, á la que no faltarian ninguno de los requisitos esenciales de la ley, para constituir un contrato mas ó menos regular; porque se encuentran en ella efectivamente, una fecha, el año 774; una cosa, el imperio; precio, los paises de que hemos hablado, y por supuesto el consentimiento de las partes contrayentes.

Desgraciadamente para la nueva fábula de Anastasio, no se encuentra sino hasta el pontificado de Inocencio III que los obispos de Roma hayan poseído jamas ninguna jurisdiccion sobre la mayor parte de los paises donados. Carlomagno, vencedor y sucesor de los reyes Lombardos, unió á su título de Patricio de los romanos, el de rey de Italia. La soberanía no llegó á salir nunca de sus manos, y la ejerció por sí mismo, ó por sus delegados; recibió los homenajes de los pontífices de Roma y se apoderó del derecho de confirmar su eleccion. Si no hubiera sido así, no se comprenderia por qué el papa Leon III soberano de Roma despues de la donacion, así como Carlos de Alemania y de las Galias, se había sometido con tanta facilidad al juicio de simples comisarios nombrados por su bienhechor.

Si hemos de juzgar del carácter de Carlomagno por los rasgos que la historia nos conserva de sus actos, reconoceremos que este príncipe no era tan cán-

dido para debilitar despues de su muerte con una política tan tontamente sentimental, el imperio restaurado con sus manos y mucho menos para despojarse en vida. Prefirió guardar á Roma y el exarcado, y los críticos pretenden que hizo bien. En su testamento hizo mencion de Roma y de Ravena, como sus dos ciudades principales, y es constante que confió el gobierno de esta última y el de Pentápolis á otro Leon, arzobispo de Ravena, de quien nos ha quedado todavia una carta que contiene esta declaracion: *hæc civitatis á Carolo ipso, unâ cum universâ Pentapoli mihi fuerunt concessæ.* (1)

Por mucha que haya sido su buena disposicion, este príncipe no podia dar á la santa sede ni la Sicilia, ni la Córcega, ni la Cerdeña, porque desde su tiempo estas tres islas pertenecian á los árabes. Tampoco podia dar la ciudad de Venecia, porque esta no lo reconoció jamas por emperador y su dux, revestido por mera forma por los emperadores de Oriente, recibia de ellos el título de *Hypatos*. En cuanto á Benevento, se sabe que esta ciudad, y no el ducado, no pasó á poder de los papas, sino en 1047 á consecuencia de una concesion mas que equívoca, atribuida al emperador Enrique el Negro.

Si despues de haber estudiado concienzudamente, Illmos. Sres., los títulos que nos quedan de estos

(1) Estas ciudades me han sido concedidas por el mismo Carlos, juntamente con el gobierno de Pentápolis.

tiempos remotos, entramos un instante dentro de nosotros mismos, para preguntarnos francamente, sin interes ni partido y solo teniendo en cuenta las nociones elementales de lo justo y de lo injusto, cuya brillante luz puede únicamente alumbrar nuestra débil razon y guiarla en medio de la oscuridad que nos rodea, ¿cuál es el verdadero fundamento del poder espiritual y temporal de la santa sede? temo mucho que en un momento de franqueza, cuyas consecuencias seria imposible calcular á primera vista, la conciencia así interrogada, caiga en el lazo; y que antes de tener tiempo de meditar esta máxima sacada de las obras morales, del R. P. Sanchez, *es permitido usar términos ambiguos, haciéndolos entender de distinta manera de la que uno mismo los entiende*, esta misma conciencia forme coro con nuestros enemigos y se les reuna para proclamar estas raras verdades, que la *filosofía infernal* (para hablar con Monseñor al obispo de Poitiers) ha derramado en el mundo, hace mas de tres siglos.

Bajo el aspecto puramente espiritual, la pretension de los papas debe ser relegada, como todas las que se separan de las reglas de la lógica, al país nebuloso de las quimeras;

1.º Porque es imposible á la corte de Roma establecer de una manera seria que la silla episcopal de esta ciudad fué establecida por San Pedro.

2.º Porque si los papas no pueden establecer con la misma claridad con que se demuestra un proble-

ma de Euclides, que su silla ha sido establecida realmente por San Pedro, no tienen mas razon para llamarse los sucesores de este apóstol, que los obispos de Constantinopla y de México.

3.º Porque aun suponiendo lo que está muy lejos de probarse, que San Pedro haya ido á Roma y establecido allí su residencia, no habria podido nunca delegar á sus sucesores un poder mayor que el suyo, y porque la querella de este apóstol con San Pablo, que sabia muy bien á qué atenerse, prueba sobreabundantemente que el segundo no reconocia en el primero ninguna supremasía de hecho, ni de derecho.

Bajo el aspecto temporal, la voz de la historia ha respondido siempre que se le ha preguntado, que la donacion atribuida al emperador Constantino, era una segunda quimera inventada en los siglos de barbarie para sostener una mala causa: que la de Pepino era otra tercera quimera; y finalmente, que la de Carlomagno era la cuarta y última quimera: que los papas hoy se ruborizan de todas ellas, y que por lo mismo hace mucho tiempo que han ido á esconderse en las profundidades del Vaticano.

Réstanos ahora, Illmos Sres., los medios de que se han servido para pasar al rango de los hechos un poder que hasta entonces habia rehusado sus piadosas imposturas, y si lo permitís, nos recogeremos unos instantes antes de abordar esta nueva materia de nuestro estudio.